

Mohamed trata de despertar a su mujer, ya que pensaba que un hombre casado y serio como él, no podía dormirse sin descargar su energía libidinal.

Con tanto destape primaveral, el deseo se multiplicaba de un modo asombroso, convirtiéndose en un monstruo que se le metía dentro y había que sacarlo como fuera. Por eso comprendía que aquí hubiera tanta gente con la necesidad de acudir al psicólogo.

Y es que nada hay peor que quedarse con ganas de eyacular, meditaba.

Bien podía masturbarse, pero eso no estaba bien visto por las leyes de su cultura ni de su religión, y además le parecía deshonesto.

Él era creyente, y su religión le había enseñado que el cuerpo era un instrumento que debía satisfacer al espíritu, lo trascendental, patrimonio de la divinidad.

De lo que se trataba en esta vida no era simplemente de gozar, sino que el goce estuviera encaminado a servir a Dios, y no al egoísmo de cada cual.

Según eso, los que empleaban las partes nobles de su cuerpo únicamente en su beneficio eran estigmatizados por la propia divinidad para advertir a sus congéneres del peligro que entrañaban.

Por eso a los onanistas se les ponía el culo gordo y el cuerpo flácido.

Aunque en el caso de las mujeres, que la abstinencia sexual provocaba los mismos síntomas, se consideraba hermoso; al menos cuando aún eran jóvenes.

Sin embargo, para desafiar las leyes supremas, las sociedades altamente pecadoras estaban repletas de gimnasios.

Pero los músculos artificiales le parecían rígidos como los de un muerto, mientras que los de aquellos que practicaban regularmente el sexo con su pareja semejaban fuertes y elásticos, pues esfuerzo y goce iban unidos.

En definitiva, como aquello del placer sexual no compartido se trataba de un juego sucio en el que él no pensaba caer, y menos teniendo una mujer, la cuestión era despertarla.

Lo cierto es que estaba desesperado pues esa tarde se había pasado por la tienda una chica que casi le mata de ansia por estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor salvajemente.

De hecho él vendía pantalones hippies porque sabía que eran los preferidos de las culonas con piernas largas, sus favoritas, aunque no solían tener mucho pecho.

Pero en este caso se había tratado de una deliciosa excepción.

El problema de ponerse las botas, especialmente los sábados, era que necesitaba luego bajar la fiebre producida por ese virus que se encontraba siempre latente en su entrepierna.

Pero ahora, desde que en el supermercado donde trabajaba su mujer les había dado por abrir los domingos, andaba agotada porque ya que no descansaba ni un solo día a la semana.

Eso le parecía otra terrible transgresión de las leyes divinas, y que atentaba gravemente contra el espíritu de los seres humanos subyugados a las mercancías.

Y es que las grandes empresas eran así, se comían a las pequeñas y exprimían a sus empleados hasta consumirles la salud con el fin de volverse cada vez mayores, como si quisieran elevarse hasta el cielo a través de la materia.

Él le había propuesto que lo dejara, pero debido a la gran amenaza que suponía la cifra de cinco millones de parados, ella no quería arriesgarse.

Pero si la cosa sigue así, lo que va a perder es al padre de sus hijos, considera un tanto airado.

Si no se despierta tendré que salir a buscarme a otra, porque ante todo soy un hombre como manda Alá.